

Primer patio

UN niño me mira desde el segundo piso de un edificio, pegado a la ventana. Ese niño tan pálido como una hoja de papel soy yo a los cuatro o cinco años, y su postura explica mi biografía. Nuestros ojos se han encontrado hace un instante, tras levantar la cabeza en el patio rectangular y en pendiente de la casa donde pasé mi primera infancia y en la que ahora vive la hermana de mi madre. Lo primero que recuerdo de esos años en este barrio de las afueras es el tacto del cristal y el patio en el que ahora estoy de pie, mirando al niño que he sido. Para un adulto, el patio es un hueco, la pausa entre dos bloques de viviendas. Pero para el niño que he sido este lugar inútil es el corazón de todas las geografías. No me hace falta una legión de nubes o un túnel lleno de seres queridos. Mi experiencia del paraíso es un rectángulo con hierba y familias de gatos. Ese tipo de rincón sorpresa que hay detrás de un edificio, sin mucha publicidad. Dios tiene el tamaño de un patio con gorriones.

El niño espía a los gorriones que interrumpen el cielo y a veces tiene suerte y descubre a uno posado en el balcón. Entonces retiene el aire por miedo a que se vaya, imaginando cómo sería levitar amarrado a sus plumas. Su corazón acabará mimetizando las astucias de estos pájaros, de tanto estudiarlos: inmóvil la mayor parte del tiempo, se acerca a la realidad dando saltitos y, si ve algún milagro, pía, se abalanza y emprende el regreso hasta su nido, la hoja de papel, para desmenuzarlo. Mi comida son los momentos normales, lo que sucede al margen de lo increíble.

Un solo momento puede saciar su biografía. Momentos normales, digo. Por ejemplo, aquel en el que sus hermanos esculpen un muñeco de nieve en un banco del patio y él acaricia la nieve a distancia, atrinchera-do tras el cristal. O los instantes en los que mira las nubes, también. Las nubes son juguetes aéreos con los que el niño pasa las horas, absorto. Cuando las mira, no piensa en nada. Se trata de ese estado receptivo que codician los meditadores. Una ausencia total de reflexión. Luego da la espalda al balcón y se encierra en su cuarto. Allí permanece siglos, hasta que vuelve al balcón para jugar con sus amigas tuberculosas.

Me sé de memoria todas las nubes de mi infancia.

Es un niño que no tiene sonrisa y que vive emparejado tras esa cara inexpresiva que desconcierta a los adultos. Sí se ríe por dentro, siendo espectador de cosas que a los demás no les importan. El abeto del patio, los rosales, la variedad de cielos que se dilatan sobre los edificios. Estas cosas desatendidas puede mirarlas embobado largo tiempo. Todos los días, pero sin aburrirse porque siempre hay un detalle que vuelve sorprendente la costumbre. Su problema no es la falta de sonrisa, sino la expresión de ese gozo que a veces lo secuestra delante de las cosas elementales. No sabe cómo comunicarlo. La escritura es hija de este conflicto, su solución. Cada uno nacemos con una dificultad, y en esa dificultad está escondido nuestro tesoro.

Empecé a escribir y nunca más he estado solo.